

## EL GENERAL PABLO GONZÁLEZ RELATA CÓMO SALVÓ A FÉLIX DÍAZ

Hablando de algunos sucesos ocurridos durante la Revolución, y en los cuales fue el principal actor, el general Pablo González, de una manera casual refirió al representante de los *Periódicos Lozano* cómo había estado en su poder, a principios de 1916, el general Félix Díaz, y cómo éste se había salvado del fusilamiento.

“Cuando me comunicaron de Monterrey, que el general Díaz estaba detenido, no me causó sorpresa, y me limité a ordenar a que no se hiciera pública su detención”, dice el general González. “No había motivo para causarle daño alguno, máxime que al capturársele prácticamente era un hombre de paz, aunque bien sabía que trataba de unirse con sus partidarios en el estado de Veracruz”, agregó don Pablo.

### PREPARATIVOS EN ESTADOS UNIDOS

La aventura del general Félix Díaz, que terminó con su captura en el estado de Tamaulipas, fue planeada en los Estados Unidos de acuerdo con los grupos armados de felicitistas que operaban en el estado de Veracruz.

### *Las rupturas en el constitucionalismo*

Mientras que sus agentes compraban armas y municiones, el general Díaz, en un pueblo de New Jersey, dirigía los movimientos de los futuros expedicionarios, refiriéndose que diariamente se tendía horas enteras en la playa, haciendo gimnasia para estar listo para la campaña militar. En una ocasión, como alguien preguntara al general Díaz qué objeto tenía que pasara largas horas en el sol, repuso que deseaba tostarse el rostro, para desfigurarse un tanto y evitar que se le reconociese en caso de tener que desembarcar en un punto de la costa del Golfo de México que no estuviera en poder de sus partidarios.

Cuando los preparativos de la expedición estuvieron terminados, don Félix abandonó en estado de New Jersey y se dirigió a Nueva Orleans, donde habían de reunirse todos los expedicionarios y embarcar con destino a las playas mexicanas.

#### DIFICULTADES ECONÓMICAS

No pocas dificultades tuvo que vencer Félix Díaz en la organización de la expedición, ya que además de la vigilancia de que era objeto por parte de las autoridades americanas, dispuestas a castigar severamente a quienes trataran de violar las leyes de neutralidad, por momentos se carecía de dinero, y había que recurrir a los amigos y simpatizadores de la causa. Sin embargo, vencidos los obstáculos, los rebeldes pudieron fletar una embarcación, y no sin que a última hora algunos felicistas tuvieran necesidad de empeñar hasta sus relojes para poder cubrir los últimos gastos de la expedición.

Conforme a las instrucciones del General Díaz, el barco seguiría la costa de Tamaulipas, hasta un punto en el norte de Veracruz, donde los rebeldes que allí operaban, esperarían al jefe del movimiento.

#### UNA TORMENTA

Pero si los rebeldes habían logrado abandonar con bien la costa americana, no contaban con que una tormenta tropical los pudiera lanzar a tierra en territorio dominado por las fuerzas carrancistas.

El barco había avistado la costa de Tamaulipas, cuando se desató una terrible tormenta. El capitán trató de acercarse a la costa, cuando la situación era

más difícil; pero la embarcación no se salvó, quedando destrozada en las cercanías de Soto la Marina. Varios tripulantes perecieron; armas y municiones fueron a parar al fondo del mar, y sólo el general Díaz y tres o cuatro personas más, se salvaron milagrosamente de la muerte.

Don Félix comprendió que, lejos de los que esperaban, fácilmente caería en poder de las tropas enemigas, y así fue.

#### PERSECUCIÓN Y CAPTURA

Desde el momento que las fuerzas carrancistas que se encontraban en los pueblos cercanos al lugar donde ocurrió el desastre se dieron cuenta del naufragio del buque se lanzaron tras las huellas de los náufragos, quienes trataban de internarse en la sierra. Pronto les dieron alcance; pero los náufragos no se inmutaron, declarando desde el primer momento que eran pobres marineros que habían quedado abandonados en la miseria y desesperación al ver hundirse a la embarcación en la que viajaban.

Como algún oficial había oído decir que el general Félix Díaz preparaba en los Estados Unidos una expedición que desembarcaría en un punto de la costa veracruzana, dirigiéndose al General le preguntó:

—*Y usted, amigo, ¿no conoce al general Félix Díaz?*

—*De vista no, señor; pero sí de nombre* —contestó el propio general, cuyo rostro curtido por el sol y cuya pobre indumentaria hacía creer fácilmente que se trataba de un viejo lobo de mar.

#### EN MONTERREY

Pero el oficial carrancista no quedó conforme, e insistió. Las respuestas de Díaz al interrogatorio eran tan hábiles y además, dichas en el tono de un viejo marino, ajeno a los asuntos políticos y revolucionarios, que el oficial estuvo a punto de dejar en libertad a los detenidos.

No faltó, sin embargo, quien dudara. Otro oficial creyó descubrir ciertos movimientos sospechosos entre los detenidos y sugirió la conveniencia de que en lugar de que fueran libertados, se les condujera a Ciudad Victoria o Monterrey a disposición de las autoridades militares.

*Las rupturas en el constitucionalismo*

Don Félix y sus acompañantes fueron conducidos a la ciudad de Monterrey, donde de nuevo se les sujetó a un severo interrogatorio, durante el cual no se pudo poner nada en limpio, creyendo las autoridades militares de la plaza, en realidad se trataba de humildes marinos o posibles contrabandistas.

El general Díaz se hacía aparecer como el más humilde del grupo de detenidos. Se abstenía de hablar lo más posible y de vez en cuando aparentaba tartamudear un poco. Nadie podía imaginar hasta esos momentos que entre los detenidos estaba el sobrino del general Porfirio Díaz, a quien se acusaba de haber sido uno de los autores directos de la caída del presidente Madero.

## RECONOCIDO

Conducidos a la penitenciaría de Monterrey, los detenidos fueron prácticamente olvidados. Si no se les ponía en libertad, tampoco se les molestaba. Don Félix tomaba diariamente el sol, sentado en cuclillas en un rincón del patio del establecimiento penitenciario.

Pero un día, el comandante militar de la plaza hizo una visita a la penitenciaría, precisamente en los momentos que los presos se encontraban tomando el sol en el patio. Pasó el comandante frente a don Félix; se detuvo ante él un instante.

—*¿Quién es ese individuo?* —preguntó el comandante al encargado de la penitenciaría, y éste le informó cómo había sido capturado junto con otros hombres.

El comandante de la plaza lo había reconocido: sabía que en la penitenciaría de Monterrey estaba preso el general Félix Díaz.

Ese mismo día, el general Pablo González, quien se encontraba en la Ciudad de México, recibió un mensaje cifrado, en el que se le decía lacónicamente que Félix Díaz, disfrazado, había sido capturado por las fuerzas carrancistas y que se encontraba preso en la penitenciaría, y terminaba pidiendo órdenes.

“Siga usted manteniendo el incógnito de la persona a que se refiere su mensaje”, contestó el general González en mensaje también cifrado.

Y las órdenes del general González fueron cumplidas. El general Díaz fue llevado ante los jueces, quienes no encontrando delito alguno que perseguir y creyendo que se trataba de un viejo lobo de mar, posiblemente dedicado al contrabando, decretaron su libertad.

Don Félix quedó libre. Marchando a la Ciudad de México, donde permaneció varios días saliendo después rumbo a Veracruz, y creyendo que nadie lo había descubierto.

“Como no había ningún cargo que hacer al general Díaz, ordené que no se le molestara en lo más mínimo”, terminó diciendo el general Pablo González, después de haber platicado, incidentalmente, con el representante de los *Periódicos Lozano* de este pasaje de las aventuras revolucionarias del general Díaz.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 26 de noviembre de 1933, año VIII, núm. 63, pp. 7, 15.